

CAPÍTULO XI

EL ORGULLO Y EL AMOR

— Antes de acompañar al coronel en el peligroso viaje que emprende, á través de una provincia tan completamente entregada á la insurrección que sólo la Capital, Oaxaca, quedaba en poder de los españoles, es preciso que nos ocupemos de otros personajes.

En primer lugar, debemos decir lo que había pasado en la hacienda de Las Palmas desde el día en que don Rafael la dejó, por decirlo así, á discreción del feroz Arroyo y de su compañero Bocardo.

Hasta aquel momento, refugiados los dos guerrilleros en casa de sus antiguos amos con los restos de su banda, casi destruída por el capitán Tres Villas, se conducían con ellos sobre la base de una perfecta igualdad. Ambos bandidos comían á su mesa, se hacían servir por sus criados; y aún más, echaban, sobre todo Bocardo, alarmantes miradas de admiración á la vajilla de plata de los dueños de la hacienda.

Muchas veces el ávido guerrillero había hecho ya delante de don Mariano, alusiones á las riquezas de los realistas; y tras él había tratado con frecuencia de demostrar á su compañero que las gentes cuya mesa se adornaba con tan rica vajilla, no podían ser en el fondo

de su corazón, sino devotos partidarios de la causa de los opresores.

— Mira, si no — le decía — nosotros que somos francos y leales insurgentes, estaremos siempre reducidos, aquí y en todas partes, á servirnos de nuestros dedos por tenedores y de pedazos de tortilla como cucharas.

Y la conclusión de su discurso era invariablemente que era preciso tratar como realista á un señor que comía en platos de plata; hacer de esos platos pesos y reducir á don Mariano á la condición de leal insurgente; es decir: imponerle la obligación de comer con los dedos como los insurgentes de buena ley.

Pero Arroyo tenía más sed de sangre que de dinero, de destrucción que de pillaje y rechazaba las proposiciones de su compañero. Sin embargo, después de haberse visto obligado á devorar en presencia de su antiguo amo y de sus dos hijas, el sangriento ultraje infligido á su cobardía por el capitán Tres Villas, sintió por ellos parte del odio terrible que había concebido por don Rafael.

Quizás en el momento de huir de la hacienda, demasiado cercana á la del Valle que servía de fortaleza al temible capitán, hubiera dejado cualquier sangrienta huella de su paso, si por su parte, Bocardo no lo hubiese convencido de que tan pronto como don Mariano se viera despojado de su vajilla de plata, se hacía devoto de la santa causa de la insurrección y por consiguiente respetable; que los insurgentes pobres podían pedirles á sus hermanos su dinero pero no su sangre.

La ruda inteligencia del sanguinario Arroyo, no apreciaba mucho el valor de los razonamientos de Bocardo; pero de buen grado se dejaba guiar por su astuto compañero, libre para vengarse sin embargo de haberlo escuchado tan dócilmente; y por no perjudicar la causa que había abrazado, se plegó al consejo de su colega.

Bocardo hizo desaparecer sobre todo la vajilla de plata y multitud de otros objetos preciosos que no aparecieron en el reparto hecho entre él, Arroyo y los hombres

de su cuadrilla; y una noche desalojaron todos la hacienda no sin vivos temores de ver sobre sus huellas á alguno de los terribles habitantes del Valle, don Rafael ó al capitán Caldelas.

En cuanto á los dueños de Las Palmas, se consideraron muy felices de que el ultraje no hubiera seguido al robo y de sacar ilesos la vida y el honor.

Instruido por lo demás del peligro que corría viviendo en una casa cuyo aislamiento la ponía á merced de los realistas ó de los insurgentes, don Mariano Silva tomó la resolución de trasladarse á Oaxaca. A su parecer, había menos riesgo en refugiarse en una ciudad entregada al virrey, en la cual, no manifestando sus opiniones que aún no le habían comprometido, hallaría por lo menos seguridad.

Varias causas se opusieron durante algunos días á llevar á cabo su proyecto.

La hacienda de San Carlos, habitada por el joven que había de ser su yerno, don Fernando de Lacarra, se hallaba á pocas leguas de la suya; y Marianita no se apresuraba por dejar aquella vecindad. Sin confesar el motivo, ponía siempre mil dificultades para la partida.

Lo mismo hacía Gertrudis. Los recuerdos que para ella tenía la hacienda de « Las Palmas », le hacían aquella residencia dulce y dolorosa á la vez; y ya se sabe que en amor, cuánto imperio ejerce el dolor, sobre todo en el corazón de las mujeres.

No faltaban recuerdos dolorosos á Gertrudis en la hacienda de « Las Palmas ».

¡ Cuántas veces, al caer el sol, sus ojos habían errado con infinita melancolía sobre la llanura enorme, desierta como el día en que Rafael voló hacia ella desafiando la muerte por verla algunas horas antes!

Mientras que en su primer momento de dolor, en la primera fiebre de venganza don Rafael, con esa acre voluptuosidad que se experimenta á veces al desgarrarse el corazón, se había lanzado al galope hacia Oaxaca, después de enterrar bajo la tierra que cubría á su padre, la

prenda de amor de Gertrudis, renunciando á ella inconscientemente, la joven lo esperaba con la más viva impaciencia.

Algún despecho, pronto borrado por la inquietud y en seguida, angustias mortales, llenaron su corazón. Hemos dicho ya, á propósito de don Rafael, por qué serie de transiciones naturales é insensibles se confirmaron los habitantes de Las Palmas, á causa de su silencio, en la idea de que era traidor á su amada como á su patria; no las repetiremos.

Poco faltó, sin embargo, para que, en el momento en que don Rafael se presentó ante la hacienda, el tono de su voz que llegó hasta los oídos de Gertrudis, no venciera sobre su orgullo herido. Aquella voz varonil, tan vigorosamente leal, ya cuando cambiaba algunas palabras con su padre, ya cuando lanzó el desafío al feroz Arroyo, hizo estremecerse todas las fibras de su corazón. Tuvo necesidad de llamar en su auxilio todos los resentimientos del amor desdenado y el pudor natural en la mujer, para no presentarse al capitán exclamando: « ¡ Oh Rafael! ¡ el puñal de Arroyo será menos cruel que tu abandono! »

— ¿ Qué ha hecho Ud., padre mío? — dijo tristemente á don Mariano cuando el capitán se hubo alejado con su tropa. — Ud. lo ha herido en su orgullo con sus palabras irritantes, cuando por consideración á nosotros, renunció á su venganza contra uno de los asesinos de su padre. Quizás hizo Ud. morir en sus labios, palabras de olvido y de reconciliación. ¡ Ud. ha aniquilado la última esperanza de su pobre hija!

El hacendado no respondió nada. Le dolían á él mismo sus alusiones punzantes contra un enemigo cuya generosidad salvaba su vida y la de sus hijas.

Después de la partida de los bandidos de Arroyo, una triste tranquilidad reinó en la hacienda de Las Palmas; y en el silencio de la soledad, al preguntarse á cada instante Gertrudis si Rafael no la amaría ya, no hallaba sino una respuesta: que ella lo amaba, que lo amaría siempre.

Una tarde, la segunda después de la partida de Arroyo y de su cuadrilla, el sol caía á lo lejos en la llanura, como aquel día en que, algunas semanas antes, esperaba la llegada de don Rafael. Las aguas se habían retirado y la campiña estaba más risueña que aquel día. Seca entonces, ahora estaba cubierta por magnífica verdura.

De repente aparecieron en la llanura una media docena de jinetes. Parecían venir de las colinas que la rodeaban, pues daban la vuelta por detrás de la hacienda. Banderolas con los colores de España, flotaban en la punta de sus lanzas. Un caballero solo precedía á los otros cinco; enseguida aparecieron otros soldados á caballo tras los primeros, sobre los cuales Gertrudis echó una mirada indiferente.

— Yo también, se dijo — fui imprudente en mis palabras cuando lancé el anatema sobre los hijos de la patria que traicionaran su causa. ¿Qué importa á la mujer que ama la bandera que sigue su amado? Esa debe ser la suya. ¿Por qué no hice como mi hermana? ¡Oh! Marianita es muy feliz!

Y, lleno el corazón de amargura y velados de lágrimas los ojos, siguió con la vista al caballero que ni una sola vez volvió la cabeza hacia la hacienda y que no tardó en perderse con su escolta, entre la dorada bruma del sol poniente.

Era don Rafael que obedecía las órdenes que le llamaban y que por no descubrir su turbación y su dolor á los soldados de su escolta, no osó mirar tras él.

Poco debía importar ahora á Gertrudis el lugar que habitaba con su padre. No tenía en la hacienda sino dolorosos recuerdos; pero, ya lo hemos dicho, aquellos mismos dolores la ataban á la hacienda; y la joven no pudo ver sin tristeza, cual si la partida de Las Palmas debiese romper el último lazo entre ella y don Rafael, el momento en que habría de ser preciso abandonar aquella triste residencia.

Desde que el capitán no respiró ya el mismo aire que ella, Gertrudis no tuvo otro placer que el de hacer cuidar

el hermoso caballo retinto de don Rafael que se había recobrado y se llevó á la hacienda.

En tanto, el matrimonio de don Fernando con Marianita se había realizado. Resuelta mucho antes de que la guerra civil estallara, aquella unión no encontró obstáculos en el hacendado á pesar de sus ideas políticas. Es verdad que don Fernando era español, pero tenía la palabra de don Mariano; y además no quería éste ofrecer en holocausto á aquellas tristes discusiones, la dicha de su segunda hija. ¿No era bastante ya una víctima? Además, como muchos españoles de esa época, don Fernando Lacarra había adoptado por patria, el país en que se hallaban sus afectos; y por eso mismo se había adquirido las simpatías de sus compatriotas de adopción.

Pocos días después de su matrimonio, llevó á su joven esposa á su dominio de San Carlos, vecino de el del Valle y como éste, situado sobre las riberas del Ostuta superior que corría entre las dos haciendas no lejos del lago del mismo nombre. Aquel dominio guardado por numerosos criados á quienes la insurrección no había dispersado como á los de don Mariano, ofrecía una gran seguridad comparativamente con el de Las Palmas; y don Fernando quería dar allí asilo á su nueva familia. Pero don Mariano, con el fin de disipar la melancolía de su hija con el ruido y el movimiento de una gran ciudad, prefirió irse á Oaxaca.

El día de la partida, Gertrudis rehusó la litera que se le había preparado; prefirió hacer ensillar para ella, el caballo que tantas veces había llevado á don Rafael; y cual si el fogoso *Roncador* hubiese comprendido que cargaba el tesoro más querido para su antiguo amo, se dejó conducir tan dócilmente durante todo el trayecto por la débil mano de Gertrudis, como si fuese la vigorosa mano del capitán.

Insensible á todas las distracciones que se le ofrecían, Gertrudis pasaba largos y tristes días en Oaxaca. No tuvo sino un solo momento de dicha: fué cuando supo, por la voz pública, que el coronel Tres Villas, después de apode-

rarse de la ciudad de Aguas Calientes, había hecho cortar el pelo á cuatrocientas mujeres.

Como lo había dicho el coronel Trujano que supo esa particularidad por Marianita, cuyo marido lo agasajó un día entero en San Carlos, aquella noticia la hizo estremecerse de dicha y de orgullo.

Sólo ella había adivinado, en medio del general asombro causado por tan extraordinario rigor, que don Rafael no quiso que únicamente ella tuviese que llorar la pérdida de su cabellera. Don Rafael pues, la seguía amando, puesto que le enviaba aquel consuelo como una prenda de su recuerdo.

Gertrudis, sin embargo, se reprochó ardientemente aquel sentimiento de dicha egoísta.

— ¡Pobres mujeres! — se dijo peinando los bucles de ébano que habían reemplazado las largas trenzas que en otros tiempos caían sobre sus hombros en olas perfumadas. — ¡Ellas no han tenido como yo la dicha de ofrecer su cabellera por la vida de su amado!

Después, los meses se sucedieron á los meses sin que se supiera lo que había sido de don Rafael; y las pálidas mejillas de Gertrudis, el círculo azul que rodeaba sus ojos atestiguaron los dolores del alma y los sufrimientos del cuerpo. Bajo la influencia enervante del silencio, de la soledad, de la vida sedentaria, la pobre joven trataba en vano de sofocar su amor; y las fuerzas de su alma y de su cuerpo se agotaban en aquella estéril lucha.

Don Rafael, por lo menos, paseaba su dolor de uno á otro extremo del reino: podía sofocar sus gritos en el tumulto de las batallas y en las ardientes agitaciones de la guerra.

Felizmente Dios dotó á la mujer con la resignación, único escudo contra el dolor. Gertrudis devoraba en silencio, sin exhalar la más leve queja, la negra pena que la consumía. En sus largos insomnios, cuando esa resignación medio vencida en la lucha, parecía próxima á sucumbir, un débil y lejano rayo de esperanza llegaba á

veces á reanimarla; un último refugio contra sus angustias se presentaba á los ojos de la joven. Ella se decía entonces que cuando sus fuerzas tocasen á su fin, un último y supremo recurso le quedaba en la trenza de sus cabellos cuidadosamente conservada.

La remisión del caballo de don Rafael á la hacienda del Valle, adonde sin duda regresaría uno ú otro día, fué la primera transacción entre el orgullo y el amor. ¿Quién debía prevalecer entre los dos?

Sin embargo, á medida que la insurrección se extendía en la provincia, la vigilancia se redoblabá en la capital; y don Mariano, que se hiciera sospechoso, recibió la orden de salir de Oaxaca.

Sin embargo, antes de partir, había enviado, según hemos dicho ya, un mensajero á la hacienda del Valle. ¿Qué mensaje llevaba? Lo sabremos más tarde. Por ahora, diremos que al día siguiente de la partida del mensajero, el mismo día en que llegaba á la hacienda del Valle y en que don Rafael abandonaba como un fugitivo las llanuras de Huajapam, el hacendado se puso en camino para San Carlos, acompañando á caballo con algunos criados, la litera que conducía á doña Gertrudis. La palidez de rostro de la joven, contrastaba con el círculo azulino que rodeaba sus ojos, haciéndolo aún más obscuro.

En fin, aquel mismo día también, por la tarde, uno de los personajes de nuestra historia, el capitán don Cornelio Lantejas, dejaba el campo de Morelos cerca de Huajapam para ir á Oaxaca en cumplimiento de una misión que le había sido confiada por el general mexicano.

No dejaba de envolver peligros aquella misión como se podía ver.

Costal y Clara eran los únicos que acompañaban al capitán, simplemente vestido de viaje: nada indicaba en él su profesión.

Se aproximaba el solsticio de verano; y el negro y el Indio conversaban sobre la empresa, ahora que ya el Zapoteca había cumplido medio siglo, de aprisionar al fin

á la diosa de las aguas en el misterioso lago de Ostuta.

Todas las lagunas del pasado se hallan henchidas; y para la mejor inteligencia de la última parte de este relato, debemos dar á conocer cuál era el objeto de la misión confiada á don Cornelio y presentar, á vuelo de pájaro, una especie de plano topográfico del país que debían recorrer las diferentes personajes que se pusieron en camino aquel mismo día.

La conquista de la ciudad de Oaxaca debía hacer dueño á Morelos de toda la provincia; y pensaba apoderarse de ella antes del fin de la campaña, pues una vez realizado ese proyecto, todo el sur de la Nueva España caía en poder de la insurrección.

Sin embargo, antes de atacar una ciudad tan populosa y tan rica como la de Oaxaca, era prudente procurarse inteligencias en el interior y este era el objeto principal de la misión que debía cumplir el capitán Lantejas. Por honor de la causa que sostenía Morelos, no era menos urgente poner término á las depredaciones de los dos guerrilleros, de que se ha hablado con frecuencia, Arroyo y Bocardo, que parecían haber tomado la tarea, á causa de sus crueldades, de hacer odiosa la insurrección, tanto para sus partidarios como para sus enemigos.

La fuerza de que disponían era tan incierta como el lugar de su residencia; pero también eran generalmente temidos como si hubiesen dispuesto de numeroso ejército. La rapidez de sus movimientos les daba los medios de multiplicar hasta el infinito sus actos de ferocidad. Por lo demás, era fácil seguir á los dos asesinos por las huellas sangrientas que dejaban por donde pasaban. Arroyo, presto siempre á enrojecer con sangre sus manos, fuera de quien fuese, gozándose en el bárbaro placer de ser él mismo el verdugo de sus víctimas, era por lo menos bastante bravo; pero su compañero, Antonio Bocardo, era tan cobarde como cruel, bien que sus instintos le condujesen más al robo que al asesinato, como ya hemos visto.

Morelos había sabido las depredaciones que aquellos

dos bandidos cometían en la provincia de Oaxaca; y don Cornelio tenía orden de juntárseles y de amenazarlos, de parte del general en jefe, con *descuartizarlos* si continuaban por más tiempo deshonrando la santa causa de la Independencia.

La reputación de ferocidad tan justamente merecida de aquellos dos bandidos, que á todos los trataban como enemigos, y la activa vigilancia que ejercían las autoridades de Oaxaca hacían, como se ve, sumamente peligrosa la misión del capitán Lantejas.

Seguía pues muy melancólicamente el camino que conduce á las orillas del río Ostuta, donde se hallaban entonces Arroyo y Bocardo.

Su presencia en esos lugares la explicará una sumaria descripción, indispensable para conocer bien el teatro en que van á verificarse los acontecimientos que nos faltan por relatar.

No tomando en cuenta los accidentes del terreno, Oaxaca y Huajapam se encuentran en la misma línea, enfrente una de la otra. De cada una de esas dos ciudades parte un camino que va hacia el Ostuta y que se reúne en un vado que sirve para atravesar el río. A poca distancia de la unión de esos caminos y antes de llegar á ella, se hallaba la hacienda del Valle, y en menos de una hora de camino, después de atravesar el vado, se llegaba á la hacienda de San Carlos. Aquellas dos haciendas, situadas sobre las orillas opuestas del río, estaban, como se ve, poco lejanas la una de la otra.

Arroyo se había propuesto no dejar hombre viviente ni piedra sobre piedra en la hacienda del Valle, defendida aún por el teniente Veraegui; y tal era la causa de su presencia en las orillas del Ostuta. Su cuadrilla, dividida en dos, ocupaba las orillas del vado á ambos lados del río y podía así transportarse al mismo tiempo sobre San Carlos y sobre el Valle.

Era probable que el mensajero que se dirigía en busca de don Rafael, de la hacienda del Valle hacia Huajapam, encontraría en medio camino al coronel, que había

salido de Huajapam para el Valle. Era no menos probable que en el punto de reunión de los dos caminos de Oaxaca y de Huajapam, don Mariano y su hija, que forzosamente debían pasar frente al Valle, don Cornelio y sus dos compañeros y, en fin, el coronel que iba para su hacienda, debían encontrarse, salvo algún contratiempo, casi en el mismo instante en aquel punto.

Es pues á las riberas salvajes del Ostuta, en el lugar en que los personajes de este relato, largo tiempo dispersos, tienen probabilidades de reunirse, á donde conviene trasladar la escena.

TERCERA PARTE

EL LAGO DE OSTUTA

CAPÍTULO PRIMERO

EL VADO DEL OSTUTA

Estamos á las orillas del Ostuta, cuatro días después de levantado el sitio de Huajapam; y el sol, próximo á salir, iba á iluminar uno de los más espléndidos paisajes de la naturaleza americana.

El *maipouri* (1) antes de regresar á su lejana cueva, se bañaba por última vez, antes de rayar el día, en las aguas aún oscuras del río. Más tímido que el tapir, el gamo, inquieto por el más leve soplo de la brisa entre el follaje ó en el cañaveral, espiaba acechando la llegada del alba para huir al primer rayo de sol hacia sus montes inaccesibles de sasafrás y de enormes helechos.

La garza real solitaria, inmóvil sobre sus grandes zancas, y los flamencos color de rosa, alineados en filas silenciosas, esperaban por el contrario que el sol apareciese para principiar su pesca matinal.

(1) El tapir.